



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 4. — Madrid 5 de Febrero de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pr. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESUS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La Decena, Tordesillas. — *Nuestra programa*, Fernando Martínez Pedrosa. — *Criminalidad y locura*, Francisco Pareja de Alarcón. — *Arillas del mar*, Paz de Borbón. — *La industria literaria*, Valentín Gómez. — *En unas ruinas*, Manuel del Palacio. — *El nombre no hace al hombre*, Gonzalo del Río. — *Al Pontífice Romano León XIII en su Jubileo Sacerdotal*, Fernando Martínez Pedrosa. — *Homenaje a Su Santidad*, del Album de la Juventud Católica, Mariano Barsi Contardi. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

EN EL PUERTO. — Observando este apunte ejecutado con suma delicadeza, se advierten en el dibujante rasgos de verdadero artista. Doce años de edad tenía Félix Mestres, el año pasado, cuando reprodujo esa impresión del natural. Con decir esto, se hace su mejor elogio.

EL DESCANSO DEL TRABAJO. — Escena popular en que dominan verdad y sentimiento. El campesino al terminar la faena de un día de Otoño, recibe en sus brazos a su hijo, que con sus encantos infantiles le reanima y distrae su cansancio del trabajo, mientras la madre comparte con él las caricias del niño. El característico y finísimo lápiz de Llovera, ha idealizado este interesante cuadro de familia.

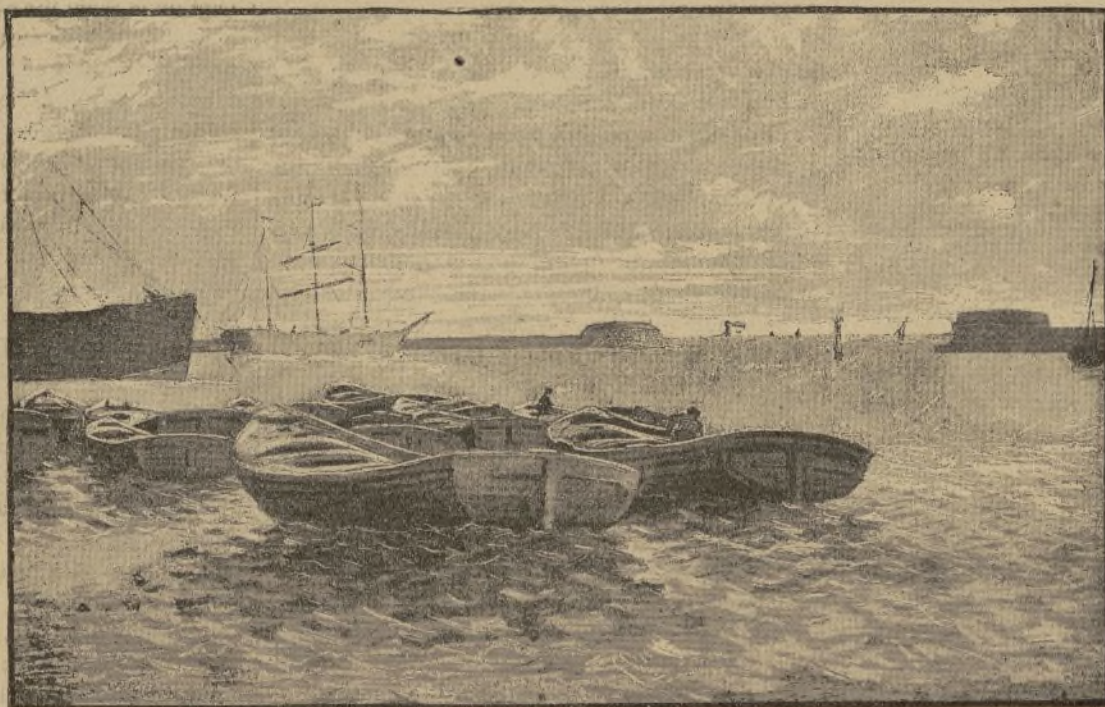
TARRAGONA, PUERTA LATERAL DE LA CATEDRAL. — El fragmento que reproducimos, guarda analogía con los otros de que se compone uno de los más artísticos conjuntos de nuestros monumentos arqueológicos.

LA DÉCADA

SE apagan los ecos del suceso feliz del Vaticano, pero no sus consecuencias. La unidad católica del mundo civilizado se extiende. El respeto de los cristianos, de fieles é infieles á la cabeza visible de la Iglesia, arraiga. Vuelven los Prelados á proseguir su obra redentora, trayendo en sus manos la oliva, la paz y la Bendición apostólica que serena los espíritus. Pero la paz que se anuncia, entre los hombres de buena voluntad, asusta más que convence; crecen celos; aprestos belicosos; se acumulan fuerzas; de los confines de Europa surge la sombra, la nube que pudiera descargar un diluvio de sangre. Tal vez no. Temores y fatídicos augurios pueden disiparse. Esos grandes poderes, dispuestos á la lucha, saben lo que cuesta. Pensarán y se detendrán.

Pasivos nosotros, alejados por fortuna de las conmociones de los pueblos, seguimos relativamente

tranquilos, anclados, como decía Serra, entre la jota y el puchero, sin que nos ocurra nada de particular. La familia española tan buena, á pesar de los vientos que sopla el Guadarrama. Los vientos y los humos la tienen sin cuidado; están mandados recoger; se los ha metido en la cabeza, y de allí no salen. Vivimos bien; reina en nuestra familia calma paradisiaca. La serpiente muerde, los pecadillos ceban, pero hacemos vida dispersa; andamos cada uno por nuestro lado, tropezando con pasioncillas y miserias, y sólo nos atrae el plato. Quien quiera vernos unidos que acuda á la hora de comer. Entre todas nuestras flaquezas, domina la del estómago: por servirle y regalarle, hacemos cuanto hay que hacer. El aparato del banquete diario nos seduce: resumen de costumbres no es ya el manto, sino el mantel. Así se goza de salud excelente; así nos reímos al oír decir que la humanidad es flaca; que la sociedad civil ó política cae del lado débil: nuestra fuerza digestiva protesta de toda afirmación moralista; de todo lo que se llama pesimismo, venga del



EN EL PUERTO, POR FÉLIX MESTRES.

pulpito ó de la tribuna. No damos crédito á ningún acento quejumbroso, á ningún aviso del alma. Cualquiera que sepa de *visu* lo bien que se pasa en el mundo y el amor que le debemos, oirá como quien oye llover las pláticas cristianas; crecerá su asombro cuando oiga decir, como ha poco dijo en el Parlamento un diputado conservador, «que la pena le embargaba al ver el abatimiento, la anemia moral y material que domina al país,» ó como dijo otro diputado republicano, «que en España no hay costumbres políticas, y las que existen son viciosas y corrompidas».

* *

No hay que hacer caso. Sigamos viviendo con nuestra comidilla y sin reparar en las buenas ó malas acciones que caracterizan á la sociedad y en todo tiempo forman su fisonomía. Una de cal y otra de arena; el duelo y el placer; juntos caminando el bien y el mal. Contra las artes del espíritu rebelde, Francia, por ejemplo, busca lo que necesita, la Liga contra el ateísmo; España lo que necesita también, sociedades contra los blasfemos ó las infanticidas. Pronto un «Congreso científico internacional de los católicos» se reunirá en París; de sus discusiones es de esperar un movimiento intelectual contra el racionalismo; una propaganda saludable que trascienda á nuestras corporaciones científicas, descuidadas ó extraviadas en temas que afectan á la verdadera ilustración. La cuestión agraria que nos preocupa; la de reformas para la inteligencia entre productores y obreros; la de reformas materiales, tan discutidas, procede llevarlas al terreno práctico, traducidas en leyes que faciliten su ejecución.

Sobre mejoras de que las vías de comunicación son susceptibles si han de llenar su objeto en las sociedades modernas y la importancia de estos elementos de civilización, dió últimamente en el Ateneo una notable conferencia el ingeniero de caminos D. Melchor de Palau, en que con gran copia de datos expuso atinadas observaciones sobre los medios aun no explotados para el tráfico y facilidad en el movimiento comercial. El disertante obtuvo unánime aplauso del escogido público que le escuchaba, y en él reconocía una de nuestras ilustraciones científicas, cuyos trabajos seguramente no quedarán esterilizados.

* *

La perniciosa influencia de ciertos libros amenos y tan sueltamente escritos como torpemente pensados; el éxito de la novela en que la moral se ve sacrificada por el arte, necesitaban un correctivo eficaz, un ingenio capaz de combatir la literatura corruptora con sus propias armas. El entendimiento superior, puesto á servicio de la doctrina católica y atento á la salud del alma, ya le tenemos, gracias á Dios. El P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús, pensador, observador de la sociedad, corrector de costumbres. La aparición de su hermoso libro, humildemente titulado *Lecturas recreativas*, y con preciosos grabados intercalados en el texto, es una nueva que deben celebrar los padres de familia, temerosos de que sus hijos aspiren efluvios intoxicadores, ocultos bajo las doradas tapas de muchos libros que andan de mano en mano. La obra del P. Coloma es ante todo una obra de misericordia por lo que enseña, sin otro alarde que la pureza y la sencillez de páginas, que unas á otras se disputan el interés. Son como un plantel de tipos humanos, propios de un gran colorista, de un conocedor del corazón humano, que seducen por lo gráficos. El naturalismo decoroso reconocerá en el P. Coloma un maestro de hacer amable la verdad. Contra su juicio de que «no debe despertarse la afición ni aun á las buenas novelas en aquellos que, por dicha suya, se encuentran libres de propósito tan desdichado,» que ciertamente son los menos, está la afi-

ción á este género de lecturas, del vulgo que se deja impresionar por lo que se pinta y no por lo que se piensa. Al sacrificar sus convicciones á la necesidad palpitante de no dejar pasar, de no dejar hacer, dispone de sentido práctico y de ingenio felicísimo para corregir deleitando, para retratar á la sociedad y decirla: ¡mírate! Y otro bien está, no en dar al P. Coloma fama que no busca, sino en propagar su semilla. No cito ninguna de las narraciones que forman su libro. Todas son trascendentales y bellas: en todas resplandece el espíritu salvador de la sociedad. Los católicos deben leer al P. Coloma. Los que no lo sean también lo leerán. Buscad sus *Lecturas recreativas*.

* *

Tanto como un libro de intención recta, aprovechan las buenas acciones, y más si vienen de lo alto. S. M. la Reina Regente, que á sus virtudes domésticas une dotes de inteligencia superior, muestra á cada instante un interés por el que sufre, acude con mano pródiga al desvalido, tiende su mirada protectora sobre las artes. Ya se sabe que concedió un premio de 5.000 pesetas á la mejor obra dramática estrenada en nuestros teatros, aunque hasta la fecha ignoramos cuál sea el autor que de ese premio se hizo merecedor; la viuda de un famoso poeta, recientemente fallecido, recibió de la Soberana ofertas y consuelos; á un pintor tan notable, como el precio de 20.000 duros en que tasó su trabajo de retratar al Rey niño, se los dió; ha contribuido con otra dádiva á la terminación del monumento del pintor Rivera, erigido en Valencia; sabedora de que los pobres músicos del teatro de Variedades habían perdido sus instrumentos en el incendio, dispuso les fueran entregadas 2.000 pesetas para que pudiesen reponerlos, y esto aparte de las limosnas, de las pensiones que frecuentemente concede la excelsa sucesora del inolvidable Alfonso XII, la que reina por derecho y por afecto de los españoles.

* *

Ya he dicho que el teatro de Variedades, edificado en un solar de la calle de la Magdalena, que antiguamente fué juego de pelota, ha sido destruído por el incendio, sin que haya podido averiguarse la causa, por aquello de que aquí rara vez se averigua lo que importa. Después de haber sido cuna de la zarzuela, pues allí se estrenó la primera que tuvo resonancia, *El Duende*, el modesto coliseo tenía historia brillante para el arte dramático español desde que en 1853 y luego en 1860 estuvo en manos de Arjona que dió á conocer obras de importancia, y en 1861 y siguientes, dirigido por el gran artista Romea, que en sus semanas clásicas representó á maravilla el honrado repertorio de Moratín. Vinieron más tarde á posarse sobre esta escena, como aves de mal agüero, los Bufos, y últimamente ha estado entregado á la industria de las funciones por hora y en espectáculos que, en su mayor parte, revelan la decadencia del teatro nacional.

Durante el año 1887 se incendiaron otros teatros de igual nombre: el de «Variedades», de Cáceres; «Variety di Surley» Estados Unidos, y «Variedades», de Calais. El total de teatros incendiados de 86 á 87 es de 27, haciendo 234 víctimas el de la Ópera Cómica de París. Bueno es tener presente esta estadística.

* *

—Suscríbase usted á la ILUSTRACIÓN CATÓLICA.
—Será un periódico seriote, lacrimoso...
—Nada de eso, y no cuesta más que cuatro pesetas cada tres meses.
—Es demasiado barato para que sea bueno.
—Y sus productos benefician á los huérfanos del Asilo del Sagrado Corazón de Jesús.

— Pobres huérfanos, si no cuentan con otra cosa.
— Se trata de una obra de caridad; de salvar la negra honrilla de los católicos.

— Sabe usted que la caridad se va haciendo un poco pesadita. Hay tantas caridades á que atender, y tantos gastos... y tantas exigencias de la vida, y de la sociedad, y de... Mire usted, hoy me ha dicho mi señora:

— Queridito, acuérdate de que está para llegar la Patti, la divina Patti, como la llaman los franceses, y que hay que oirla cuantas noches cante, porque todo el mundo irá, y nosotros no hemos de ser menos.

— ¡Pero, hija, si van á subir los precios!

— Claro es que los subirán, y que yo me he mandado hacer tres vestidos de lo más nuevo, porque los que tengo están muy vistosos...

— Amigo mío, desengáñese usted, por mucho que uno tenga, no hay para tanto. Ante esta perspectiva que la Patti me ofrece, dígame usted si estoy yo en el caso de sacar pesetitas para huérfanos, caridades ó ilustraciones católicas.

Fordesillas

NUESTRO PROGRAMA



SUPONGAMOS que el cuerpo es la parte integrante de nuestra existencia, y que por ello así le miramos y regalamos subordinando las ideas á sus imperiosas necesidades. Supongamos que de la antigua sentencia *mente sana en cuerpo sano* sólo deducimos que lo que realmente importa es mantener el equilibrio de esta maquinilla mortal, y de todo ello resultará que no hemos aprendido nada en punto á precaver los males del cuerpo, y que cuando menos lo espera el más robusto y satisfecho de sus goces, enferma; llega la ciencia vana ó tardía, le cura... y muere. No de viejo, ni por efecto de ningún resabio de complexión; muere por falta de régimen, de arreglo y de conducta.

Pues bien: tal decae, se postra, y al fin sucumbe, la sociedad que al arte de curar inveterados males no antepone el arte de preservarse de ellos; que teme mucho al dolor físico y se cuida poco del dolor moral. Y ese dolor, ese estado morboso del espíritu nos asedia; el valor moral, primera condición de la salud física, nos va faltando. La rutina y la indiferencia nos caracterizan. No es que juzguemos al mundo desde la cámara obscura pesimista, ni que desconozcamos las buenas acciones y los rasgos palpitantes del hogar; pero es lo cierto que el vigor nativo, las energías de raza pasan, y que principios, ideas, creencias, se debilitan. Parece que una atmósfera viciada nos envuelve, que un foco pernicioso esparce sus emanaciones entre lo que se habla ó lo que se escribe, entre el libro importado, el teatro traducido ó el periódico recopilador de crímenes ó miserias sociales, dictadores y maestros de costumbres.

¿Qué hacer los que, por nocivas, no admitimos ciertas tendencias impuestas por la fuerza del hecho, la negligencia del derecho ó el cansancio del deber? ¿Llorar con el Profeta? ¿Velar las armas como el cruzado? No; el valor inerme es el verdadero y el mejor ejemplo la práctica de las domésticas fortitudes de Cicerón.

Debemos defender, mantener más que nunca, nuestros puros ideales; contrarrestar el espíritu rebelde de los que se hallan sumidos en el letargo del error. Señalar la ruta, contener las desviaciones que insensiblemente tienden á la dispersión. Labrar,

escoger la semilla salvadora; propagar la higiene del alma, de que son bases la fe, el sentimiento y la cultura intelectual.

Estos son los fines perseguidos por LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y en que perseverará al entrar en el año décimotercio de su publicación. Sus aspiraciones se limitan á llevar una piedrecilla al edificio del orden moral, proclamando la verdad en todas las esferas, y reconociendo con el sapientísimo P. Mir que «el principio de la ciencia, que es la fuerza de la razón, no se opone al principio de la fe, que es virtud sobrenatural y don divino;» de lo cual se sigue que debemos distinguir la ciencia que sabe hacerse práctica de la *falsi nominis scientia*, enemiga declarada de la razón; la ciencia de los progresos y descubrimientos que señala á este siglo de la de los *filodoxos*, ó espíritus tornadizos, definidos por Platón.

Probados en las viejas creencias de la familia española, tan lejanos y equidistantes de la intransigencia y del juicio estrecho como de la negación torpe y sistemática, sólo nos permitimos una incredulidad: la de que para ser oídos y admitidos en el concurso de las ideas, hayamos de llamarnos partidarios; la de que no podamos ser hombres sin el adjetivo de políticos. Contra esa falsa tesis de la lógica contemporánea resistirá nuestro propósito de carecer de color; nuestra gala de trocar el dictado de políticos por el de católicos, acatando aquellas elocuentes frases de nuestro Santo Padre León XIII en su Encíclica á los Prelados españoles: «*Es preciso, por tanto, separar en la opinión y en los juicios el terreno religioso y el terreno político, que son distintos por naturaleza y por esencia. Porque estos intereses políticos, por legítimos y honrados que sean, considerados en sí mismos, no van más allá de la vida perecedera. La religión, por el contrario, hija de Dios y encaminándolo todo á Dios, tiene un campo más vasto y toca hasta el cielo.*»

Y después de esto ¿será indiscreto pensar y declarar que nuestros principios sólidos é inflexibles no los juzgamos opuestos á las expansiones del espíritu, á cierta laxitud en las ideas y en el modo de expresarlas, que en nada menoscaba las máximas de la religión? Meditando sobre la forma y procedimiento, en esta empresa ardua de instruir sin darlo á entender, hemos sacado este fruto de nuestra reflexión: los vicios presentes hay que buscarlos en la sociedad; sus flaquezas y antagonismos, en los caracteres; los malos ejemplos, en las costumbres. El principal objeto está en el sujeto. Los preceptos de Horacio viven: «mezclando lo útil á lo agradable, se deleita al lector; hay que enderezar á la sociedad con iguales artes que ella emplea para torcerse: recreándola. Pasó la edad de los filósofos saturninos; la moral más severa no excluye la nota festiva.» «La alegría, ha dicho un profundo pensador, es el colorido de la virtud.»

Queremos una publicación seria — su índole lo exige — atenta á los intereses morales y sometida á los dogmas de la Iglesia, pero variada y amena, no indiferente al progreso humano ni al movimiento de la vida contemporánea y en que quepan los medios necesarios para hacerla atractiva, ya que al título de católica con que se vanagloria va unido el de ilustrada, y lejos de significar que haya de encerrarse en molde exclusivo, pide ancho espacio donde no se prescinda de todo elemento cristiano y civilizador y pueda desarrollarse ese tema eterno en que se cifra la salud del alma: verdad, bondad y belleza.

Tales nuestros propósitos: para realizarlos contamos con el auxilio de los católicos activos; de las ilustres Señoras asociadas para fines benéficos, que en estas columnas tendrán ayuda y eco para sus actos, aunque de nuestra parte sólo contemos con voluntad resuelta y persuadida de que no es posible dar en nada grande si se tropieza en lo fútil. En

lo material, iremos hasta donde alcancen los resultados de la propaganda que hemos emprendido para que esta REVISTA logre la importancia que merece. En lo inmaterial, marchamos con paso firme, de espaldas á la sombra, y mirando á la luz que ha de iluminar nuestros trabajos. La luz es la que forma la ciencia del corazón; la que crea el amor recíproco; la caridad.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

CRIMINALIDAD Y LOCURA

I



LA filosofía, la razón y hasta el buen sentido, nos presentan como antitéticas y en radical oposición estas dos palabras, por la contradicción que entre sus conceptos existe.

La *criminalidad*, que llamamos delincuencia en los delitos menos graves, consiste en el quebrantamiento de las leyes penales, que, se supone siempre voluntario, según el art. 1.º de nuestro Código, á no ser que conste lo contrario, por medio de pruebas legales y fehacientes.

Es la *locura*, bajo sus diferentes formas y caracteres, la privación ó perturbación del juicio, que ofusca la razón y domina la voluntad, produciendo el *loco* actos inconscientes, que, por lo mismo, no merecen alabanza ni censura, premio ni castigo.

Nociones son éstas sencillas, que están al alcance de toda regular inteligencia; sin que, para apreciarlas rectamente, sean necesarios conocimientos científicos de jurisprudencia ni de medicina.

Criminalidad y *locura* son, pues, dos ideas contrarias: donde hay *criminalidad* no hay *locura*, porque hubo conciencia y libre voluntad en el acto ó en la omisión que la ley prohíbe y castiga. Por el contrario, donde la *locura* existe, no puede haber *criminalidad*; porque la infracción de la ley ha sido involuntaria.

Todo esto es evidente y notorio, y, si se aprecian estas ideas, con recto criterio, en la administración de justicia, la sociedad puede estar tranquila, de que ni se sacrifica al *loco* inocente, juzgándolo culpable, ni se deja impune el delito, declarando *loco* al delincuente.

Nosotros, que hemos consagrado nuestros servicios, por espacio de muchos años á los Tribunales, en nuestras antiguas publicaciones jurídicas *El Faro Nacional* y *La Justicia*, creemos, de buena fe, que obran con rectitud y conciencia, absolviendo ó condenando á los procesados, cuando se alega en su defensa, con más ó menos verdad y exactitud, la excepción de la locura; sin que estén por eso libres del error, triste patrimonio del hombre. (*Salmo 61, v. 10 y 115, v. 11.*)

Empero, si no tenemos fundada inquietud en esta parte, nos inquieta y alarma profundamente, lo mismo que á la Sociedad en general, ese afán incesante, ese tenaz empeño con que se pretende frecuentemente salvar á los criminales, suponiéndolos *locos*, monomaniacos, imbeciles, ó víctimas acaso de un arrebato ó de una pasión violenta, que se dice no haber podido dominar.

Comprendemos que este proceder será comúnmente hijo de un celo, siquier exagerado, ó de un sentimiento de compasión en favor del delincuente; mas no por eso deja de ser deplorable y funesto semejante celo, que siempre es abusivo y pernicioso, cuando se opone á la verdad.

II

El estudio de la jurisprudencia y de la medicina legal, y la práctica de los negocios, nos han hecho

conocer que la *locura* en sus diversos grados, conceptos y clasificaciones es un problema psicológico en extremo obscuro y difícil de resolver, como todo lo que se refiere á las afecciones y á los actos del espíritu; pero cuando estos actos interiores se manifiestan por medio de hechos externos, *anteriores* y *concomitantes* á la operación ejecutada, y al caso especial que se trata de calificar, entonces el problema puede y debe ser apreciado y resuelto por las reglas de una crítica ilustrada, sin peligro racional de equivocarse.

«Así como por los frutos se conoce el árbol, en expresión del Evangelio (*Mat., c. 12, v. 33*), del mismo modo la *razón* y la *locura* se juzgan rectamente por los *hechos*, que preceden y acompañan al acto justificable.»

Prescindir de estas claras verdades y sencillas doctrinas, para calificar los *actos* de un procesado; penetrar en el obscuro laberinto de su conciencia, estableciendo hipótesis arbitrarias, como si fueran verdades demostradas; deducir del análisis del organismo y del influjo de las pasiones la moralidad de los actos externos y la libre voluntad ó la inconsciencia del agente; diagnosticar, en una palabra, sobre las enfermedades del espíritu, por cálculos y supuestos, como se diagnostica, con probabilidades racionales de acierto, sobre la clase y calidad de las heridas del cuerpo humano, es un procedimiento que podrá ser ingenioso y sutil, inspirado tal vez en el amor á la ciencia y en sentimientos nobles y filantrópicos; pero que, á pesar de todo esto, es extremadamente peligroso en la administración de justicia, y contra él protesta alarmada la opinión de las personas rectas y prudentes.

Este procedimiento, que tiende á someter las facultades del alma al imperio del organismo, como si las armonías musicales dependiesen sólo del instrumento que les produce, independientemente de la voluntad y del genio del compositor; este procedimiento, que sobrepone la materia al espíritu, las pasiones á la razón, la libertad humana al fatalismo, no es un sistema filosófico ni moral, sino un elemento perturbador de la sociedad, con pretensiones de sabio, de brillante, de progresivo y de humanitario.

El temerario intento de convertir en *locos* á cierta clase de criminales, sería hacer á los cuerdos víctimas de los malvados. La impunidad del delincuente es un ataque á la seguridad pública y al orden social.

No hay más *locura eximente de responsabilidad* en lo moral y en lo legal, que la que se demuestra plenamente con *hechos anteriores* y *concomitantes* al que, por reputarse delito, se somete al examen y fallo de los tribunales.

Justo es, sin duda, y aun necesario, para evitar el peligro de condenar á un inocente, que se invoque el juicio de la ciencia médica en tan delicada materia; y racional es, y humanitario y conforme además con la ley, que se absuelva al procesado en los casos racionalmente *dudosos*, según la bella máxima de jurisprudencia criminal, de que *vale más perdonar á cien culpados, que condenar á un inocente.*

El juicio pericial es muy respetable en las causas criminales, pero no decisivo de la cuestión controvertida; y los jueces y tribunales pueden y aun deben separarse de él, cuando tienen motivos racionales para creerlo erróneo.

Sin referirnos á casos particulares, ni á escuelas antiguas ni modernas de alienistas ni de jurisconsultos, permítasenos hacernos eco del sentimiento público, en esta delicada materia, ante la frecuencia de los casos en que se nos presentan como *dementes*, *locos*, *monomaniacos* ó *imbeciles*, los procesados á quienes se acusa por los hechos más atroces, y especialmente por horribles asesinatos.

La sana razón y el criterio menos ilustrado rechazan la exculpación de la *locura* furiosa y de las demás perturbaciones mentales, cuando consta pú-

blicamente que el autor del hecho profesaba, *antes de ejecutarlo*, odio á su víctima, y cuando se sabe que ha obrado movido por los celos, por resentimiento, por envidia, por ambición, por deseo de la venganza, por un brutal apetito, mal llamado amor, ó por otra pasión abominable que no ha dominado, pudiendo y debiendo dominarla.

La conciencia pública protesta indignada contra esos pretendidos *locos*, que preparan y ordenan con exactitud y precisión y hasta con habilidad funesta, y con el claro y sereno juicio del hombre más cuerdo, todos los medios y elementos fatalmente necesarios para perpetrar el crimen.

Si á estos preparativos se añaden la previsión de los peligros en que puede caer el criminal; el detenido y minucioso estudio de las circunstancias del tiempo, de la ocasión y del lugar á propósito para realizar su malvado intento, y hasta el plan artificioso previamente combinado para eludir la acción de la justicia y el castigo de las leyes, sólo la insensatez y la más ruda ignorancia podrían calificar de *locos* á esta especie de criminales. Mejor calificados estarían, colocándolos entre los monstruos que degradan y envilecen la dignidad del hombre; porque cometen el crimen con *astucia, premeditación y alevosía*, que señala como circunstancias *agravantes* el art. 10 del Código penal.

III

Mas acaso se dirá por esos filántropos ofuscados ó irreflexivos, que amparan á los criminales, bajo el concepto de *locos*, que la violencia de las pasiones los ha arrastrado fatal é involuntariamente al acto deplorable, que se califica de crimen, sin serlo.

Semejante argumento, si se alegase, sería fisiológica y moralmente inadmisibile. Pueden las pasiones ofuscar momentáneamente el entendimiento, pero no cegarlos; pueden debilitar la voluntad, pero no dominarla; enervar el libre albedrío, pero no anularlo. De lo contrario, el hombre apasionado sería el miserable instrumento de un ciego y avasallador fatalismo: desaparecería la moralidad de las acciones humanas, y la obra de Dios sería imperfecta, no dando á la criatura racional medios poderosos y eficaces para vencer sus pasiones desarregladas.

Y ¿quién duda que la razón y la moral (porque aquí no se trata de verdaderos *locos*) son estos medios, suficientes siempre para dominar las pasiones? Si la vida del hombre es una *guerra*, como dice JOB (*Cap. 7, v. 1*) y lo confirma la experiencia, su destino es luchar, y su obligación vencer en la lucha, si quiere cumplir la voluntad del SER SUPREMO, y ceñirse algún día la corona, que sólo se concede, en expresión del APÓSTOL, al que valerosamente pelea. (*Ep. 2.^a á Tim., c. 2, v. 5.*)

Hablamos á un país civilizado y moral, religioso y católico, que respeta las doctrinas y los preceptos que acabamos de indicar; y si los criminales á quienes nos referimos los desprecian, por desalmados, inmorales ó irreligiosos, sería absurdo declararlos irresponsables de sus actos punibles, cuando se han dejado arrebatar por la pasión que debieron vencer. Deplorable condición sería la de una sociedad, donde el iracundo, el furioso, el arrebatado, el vengativo, el amante celoso ó desdénado quedaran impunes, alegando haber sido víctimas de un rapto de momentánea *locura*, de una pasión irresistible, al clavar el puñal en el corazón de su enemigo.

Bien sabemos que «el obrar por estímulos tan poderosos, que naturalmente hayan producido arrebató y obcecación» es la circunstancia *atenuante* 7.^a del art. 9.^o del Código penal; pero este caso, harto difícil de apreciar, no es el del *loco* por la pasión de que se supone víctima, y á quien, según la doctrina de ciertos alienistas y filántropos, no se debe rebajar la pena, sino declararlos irresponsables.

A propósito de esta clase de pretendidos *locos*, merece citarse aquí un párrafo notable del gran *Diccionario de Trevoux* en la palabra *Folie*: «Hay, dice el autor, una especie de *locura*, que pudiera llamarse *locura* del corazón, causada por la violencia de las pasiones; y esta *locura* es vergonzosa, porque somos libres para resistirla y vencerla;» y tratando después de la *locura* de los hombres *viciosos*, como son casi todos los criminales, añade que «lleva al hombre á tales excesos, que deshonoran la razón humana.»

No es menos digna de examen esa *locura* verdadera ó fingida, que se alega á veces como fenómeno fisiológico sobreviniente al crimen: pretendiendo salvar al criminal del cadalso, ya que no ha podido obtenerse su absolución de la pena. En tales casos su cumplimiento se aplaza, se gana tiempo, el recuerdo del crimen se va disipando, se convierte al criminal en un desgraciado demente, sin conciencia del bien ni del mal, se le traslada, desde la cárcel, al manicomio, y viene poco á poco á convertirse en objeto de compasión al que antes se miraba como un monstruo horrible. La lentitud de los procedimientos, que da lugar á diversos y extraños incidentes, tiene una parte no pequeña en semejantes casos, que rara vez ocurrirían, si, según dice un filósofo chino, *la pena siguiese al delito, como sigue el eco á la voz y la sombra al cuerpo* 1.

La pública opinión que no entiende de psicología ni de legislación, pero que suele tener recta conciencia del bien y del mal, de la verdad y del error, queda á la vista de tales sucesos en actitud expectante y aun respetuosa, aunque no libre ciertamente de inquietud y recelo, ante la falibilidad humana.

Si pareciesen algun tanto severas las doctrinas expuestas en el fondo de este artículo, advertiremos que están sustancialmente conformes con autorizadas y respetables Sentencias del Tribunal Supremo en materia de *locuras*.

Esta no existe, dice la de 10 de Abril de 1874, si no aparece probada, *cundo se ejecutó el asesinato*: y la calificación de esta prueba corresponde á la Sala sentenciadora, según las Sentencias de 20 de Febrero de 1878, 21 de Noviembre de 1879 y otras muchas anteriores y posteriores; porque esta regla jurídica es bien conocida de las personas ilustradas.

IV

No queremos concluir estas sencillas observaciones, hijas del estudio de la sociedad de nuestros días, sin hacer mérito de cierta especie de *locura* pacífica, y hasta si se quiere honrosa é inofensiva, en cuanto que no comete crímenes, antes bien los deplora y los condena enérgicamente.

Es esta una *locura* científica, á la par que filantrópica, que se alberga en el espíritu de hombres ilustrados y rectos, y en el fondo de nobles y generosos corazones, que aspiran al perfeccionamiento de la ciencia antropológica: derramando sobre la humanidad nuevas y desconocidas luces, según ellos afirman.

Mas esta especie de *locos* nobles y generosos, ó si se quiere maniáticos por una idea, como el *Hidalgo manchego*, y á quienes no tratamos de ofender ni mortificar en lo más mínimo, son los que presumen haber descubierto los ocultos secretos de la razón humana, y averiguado con perfecta exactitud la manera de obrar de las potencias y facultades del alma, en relación con el organismo, como se hace el análisis del cuerpo del hombre, por el medio mecánico de la disección anatómica. El comercio del alma con el cuerpo es cabalmente un profundo misterio, que la filosofía no ha podido descifrar clara-

mente todavía; pues solo Dios es el que descubre los íntimos secretos del alma, y los efectos y movimientos de la voluntad, según el Salmo 7.^o, versículo 10 del Rey Profeta.

Pues bien: si esta pretensión de ciertos alienistas y jurisconsultos llegase á dominar en la administración de justicia, pudiera ser funesta por sus errores y extravíos, ora contribuyendo, de buena fe sin duda, á la impunidad de un criminal cuerdo, ora declarando responsable á un loco.

Y véase, no obstante, que los entusiastas sectarios de esta escuela, tan influyente hoy en las cuestiones de criminalidad, presumen haber descubierto lo desconocido sobre la materia, defendiendo enérgicamente sus lucubraciones, cual si fueran verdades científicas. A estas gentes entusiastas y cavilosas, que de tal modo exageran la ciencia que cultivan, pudiera aplicárseles la delicada crítica del gran preceptista francés, cuando dijo que *cada uno se empeña en erigir su locura en sabiduría* 1.

Mas hablando ingenuamente, habremos de confesar que esta clase de *locuras* de buena fe podrán á veces ser deplorables, como en la materia espinosa de que tratamos, pero todos indistintamente, en esta ó en la otra forma, las padecemos en sentir del poeta francés; porque según el adagio vulgar, de músicos, poetas y locos, todos tenemos un poco.

Y no es, por cierto, de nuestros días esta que pudiéramos llamar *locura de los cuerdos*: es de todos los tiempos y países.

El llanto de ALEJANDRO el Grande, creyendo por las victorias de su padre Filipo, que no le quedase tierra que conquistar, fué una *locura de ambición de gloria*.

LEONIDAS, peleando en las Termópilas con sus trescientos soldados, contra el innumerable ejército de Jerjes, que al disparar sus flechas oscurecía el sol, fué un *loco del patriotismo*.

Los discípulos de PITÁGORAS guardando silencio en la escuela cinco años, para aprender á oír y callar, fueron *locos de la paciencia en el estudio*.

DEMÓCRITO, privándose de la vista, para meditar sin distracciones en la naturaleza; ARQUÍMEDES, gritando desnudo en la plaza de Atenas, *eureka, eureka*, por haber descubierto en el baño la gravedad específica de los cuerpos; MUCIO SCÉVOLA abrasando su mano en los Reales de PÓRSENA, por haber errado el golpe que dirigía á este Rey enemigo de su patria, y tantos otros hombres célebres que pudieran citarse, no fueron sino unos *locos* ó fanáticos ilustres por un objeto ó un sentimiento que creyeron noble y elevado.

¿Qué más? Hasta en el hermoso campo de las virtudes cristianas, tenemos ejemplos de esta *locura* que podríamos llamar *santa*: y no nos referimos por cierto, á los mártires que dieron valerosamente la vida, cumpliendo su deber de fieles discípulos de CRISTO, nos fijamos para nuestro propósito en hechos y objetos diferentes.

FRANCISCO JAVIER, el grande Apóstol de las Indias, ve llover, en sueños, sobre su cabeza un diluvio de cruces, representando sus trabajos y penalidades en el Apostolado, y pide al SEÑOR más cruces todavía. Ved aquí un *loco sublime por el celo de la gloria de Dios*.

TERESA, la mística Doctora de la Iglesia, no quiere vivir sin padecer, y santamente *loca* por el amor á JESÚS, le pide ansiosa *padecer ó morir*.

La virgen LUCÍA se arranca los ojos y se los presenta al amante enamorado de ellos; y ¿qué fué en este acto la insigne heroína, sino una *santa loca de la virginidad*?

No eran, por cierto, obligatorios estos actos de los santos: sin ellos brillaría su santidad en los cielos y en la tierra; pero, seres humanos como nosotros, tuvieron también sus *santas locuras*.

1 P. Du Hald., Descrip. de la China, tom. 2.

1 Chacun veut en sagesse, eriger sa folie. Boileau, Dic. Trev.

Guardémonos todos de las exageraciones del celo por la ciencia, por la humanidad y hasta por la virtud misma; porque el celo exagerado nos infunde una especie de *locura*, que no deja de serlo por inspirarse en nobles sentimientos.

La razón es limitada, vasta y oscura la ciencia, corta la vida para penetrarla, y el experimento difícil y peligroso, según la doctrina del sabio HIPÓCRATES.

Procedamos siempre, en el grave asunto de que se trata, con prudente desconfianza de nosotros mismos.

Descubrir la verdad es arduo problema; y la pretensión arrogante de haberla encontrado es su mayor enemigo, porque entonces ofusca nuestra razón el humo de la soberbia, como oscurecen las nubes la luz del Sol.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCÓN.

Inauguramos la Sección poética de nuestra REVISTA con la siguiente poesía inédita, una de las más bellas que han brotado de la inspiración de S. A. R. la Infanta Doña Paz, Princesa de Baviera:

A ORILLAS DEL MAR

Alma que sienta alegrías
ó le agobien los pesares,
de la vida en los azares,
busque el consuelo del mar.

Porque en el mar se respira
lo grandioso y lo infinito,
algo que nunca se ha escrito,
que no se puede expresar.

Allí se ve retratada
la imagen del Sér Divino,
allí no hay nada mezquino;
todo revela al Creador.

Yo le admiro tempestuoso,
como le contemplo en calma,
pues en él se siente el alma
elevarse hacia el Señor.

El hombre allí reconoce
la mano del Sér potente,
y al elemento imponente
no se lanza sin rezar.

Pues si aquí surge la duda,
si al valor nada le aterra,
si hay descreídos en tierra,
no hay ateos en la mar.

Y en el potente navío
ó bajel de la pobreza,
todos bajan la cabeza
al toque de la oración.

Pues que sólo es grande el hombre
si mira su alma elevada,
y el alma inmortal no es nada,
si vive sin religión.

PAZ DE BORBÓN.

LA INDUSTRIA LITERARIA

No digo yo que sea exclusiva novedad de los tiempos presentes; pero sí digo y afirmo que nunca como ahora se ha convertido el arte de escribir en una manera más ó menos decorosa de ganarse la vida, bien que lo decoroso no intervenga sino como un accidente siempre dispuesto á ser sacrificado en cuanto el lucro lo reclama.

No me extrañará que dentro de poco los literatos

pongan en las puertas de sus casas una plancha metálica, y en el balcón de la calle una muestra indicando el nombre y la profesión del que allí vive. «Juan Rebolledo, autor dramático, novedades de París, confección 'esmerada.'» — «Pedro Sandoval, novelista, sin competencia en los precios, á entrega por día.» — «Santiago Fuentenueva, escritor pornográfico, especialidad en almanaques cupidinescos y en libritos de *demi-monde*.» — Y así por el estilo.

El camino que llevamos no es para otra cosa. El ideal ha desaparecido de las regiones del arte. Lo que ha dado en llamarse *impurezas de la realidad* es hoy elemento de la mayor parte de las obras artísticas ó literarias. No basta que el autor refleje en su obra la fisonomía de su espíritu; es necesario, sobre todas las cosas, que piense en dar gusto al mayor número de consumidores posible, y como lo bajo, lo desvergonzado, lo aparatoso y lo hueco es y ha sido siempre del gusto del mayor número de consumidores posible, el escritor ó el artista tiene que dedicarse á confeccionar impudencias ó necedades para obtener una regular ganancia en premio de su trabajo.

Para mayor desventura, el poder público deja en este punto tan completa, tan absoluta libertad á los industriales artísticos y literarios, que ciertos escaparates en que se exhiben libros, fotografías y grabados, más parecen antesalas de una casa de mancebía que exposición de obras de la inteligencia humana.

El escritor, el editor y el librero quieren hacer negocio á todo trance, y como la autoridad no les pone cortapisas en el desarrollo de su industria, se entregan á la explotación de aquellas pasiones groseras que son generales en la naturaleza del hombre, pero que antes se explotaban únicamente en secreto; con el secreto del que comete una mala acción.

Es preciso decirlo sin rodeos: la atmósfera artística y literaria que se respira en nuestro tiempo es una atmósfera infecta.

Los padres de familia nos encontramos en un conflicto casi insoluble. Y el conflicto se formula en esta sencillísima pregunta: ¿por qué calle de Madrid podemos llevar á nuestros hijos sin temor de que se corrompan?

La respuesta es también sencilla, pero tan desconsoladora que sólo sirve para aumentar las proporciones del conflicto. Héla aquí: por ninguna de las calles más frecuentadas.

Así como suena, ni librerías, ni tiendas de juguetes, ni estamperías, ni otra porción de establecimientos más ó menos análogos están limpias (salvo honrosas excepciones) de esa peste de naturalismo inculto de que han inficionado el arte y las letras.

¿Qué cromos en las portadas de ciertos libros y de ciertos almanaques! ¿Qué viñetas dentro! ¿Qué juegos de palabras en el texto! ¿Qué... qué miasmas fétidos por dentro, por fuera, en lo que se ve, en lo que se lee, en lo que se adivina, de esas obras inmundas que la codicia engendra y la concupiscencia escribe!

A veces nos preguntamos con asombro: ¿Pero las personas constituidas en autoridad tendrán hijos, hermanos, familia? Si los tienen, ¿cómo consienten que puedan inficionarse por esas exhibiciones vergonzosas? Si no los tienen, ¿cómo no caen en la cuenta de que los demás los tenemos?

Ya es gran desdicha que por exceso de los tiempos haya de tolerarse la exposición de doctrinas perniciosas y atentatorias al orden de la sociedad cristiana. ¿Pero tolerar lo que ofende al pudor, á la honestidad, á la inocencia! ¿En que código del mundo civilizado se autorizan semejantes cosas? ¿No se permite que vayan las gentes desnudas por la calle y se permite que se expongan sus re-

tratos en esa forma? ¿Hay numerosas cuadrillas de obreros encargados de la limpieza material de las calles, y no hay nadie encargado de la limpieza moral de los escaparates?

No lo entendemos, ni es posible que lo entienda quien no haya perdido el sentimiento del decoro.

Pero la industria literaria y artística se extiende también, como enorme mancha de aceite, al teatro donde lo grosero suele alternar con lo necio, si no van fraternalmente unidos ó formando una sola pieza. ¿Qué cosas se ven y se oyen en esos desdichadísimos escenarios! La materia dominando los asuntos; puesta en música y regularmente decorada alcanza éxitos inverosímiles, y si á eso se añade la mayor cantidad posible de podredumbre, el éxito entonces crece, prospera y se agiganta... El éxito, como los vegetales, necesita mucho abono para desarrollarse. A más inmundicia mejor cosecha. Este es un axioma agrícola que se saben de memoria los industriales de la literatura y del arte.

Es difícil que en tales circunstancias se abran camino la inspiración, la conciencia y la sinceridad. Todo lo que no sea chabacano, grosero ó pecaminoso, resultará necesariamente pálido á los ojos de la viciada multitud. ¿Qué han de parecer á los ojos de un desalmado las cortesías y delicadezas de un caballero? Puerilidades y afeminamientos despreciables. La cortesana llamará siempre ñoña á la joven que se ruboriza, y el brutal matarife tendrá por nimio y quebradizo al hombre bien educado. Pintar una chula descocada, acentuar su frase picaresca, extremar sus movimientos, ¡oh! ese es el arte viril, humano, verdadero. Pintar una niña que reza... ¡bah! eso pasó: es la candidez que ha muerto para siempre.

La virtud en el teatro y la novela es un factor que ya no da juego. Como no despierta el interés del público, los mercaderes rechazan aquel género y lo colocan en el número de las maulas. En cambio, ¡qué resultado tan prodigioso no obtiene el autor ó el artista que pone á la virtud en caricatura y á la religión en solfa! ¿De qué manera tan espontánea y entusiasta responde el ilustrado público á toda burla de la fe cristiana! Pintad á un santo en éxtasis, y os volverán la espalda con desdén; pintad á un fraile desvanecido por los vapores de la bodega, y el público gozoso os arrebatará la obra de las manos.

Tratan los políticos, aun los más radicales en sus doctrinas, de evitar que la canalla se imponga á las asambleas y á los gobernantes, porque dicen, y con razón, que ningún partido puede sacar provecho de la canalla.

¡Ah! yo no sé lo que sucederá dentro de algunos años en el orden político; lo que sé es que, hoy por hoy, en el orden literario y artístico, si no impera en absoluto la canalla, no hay nada que produzca tanto como lo canallesco.

Es un filón inagotable á donde acuden, con el ardor de los mineros de California, el músico, el poeta, el novelista, el pintor, el escultor, el empresario, el librero, el comerciante... todo el mundo, como si todos se dieran de ojo para formar una pandilla de truhanes.

Quedan en algunos museos de antigüedades restos notabilísimos del arte y la industria pompeyanos. No hay escéptico que no pueda contemplar allí con deleite las más estupendas abominaciones de la carne; no hay espectador cristiano que mire aquello sin comprender en seguida por qué Dios permitió que Pompeya quedase sepultada bajo las ardientes cenizas del Vesubio, como las cinco ciudades malditas bajo la lluvia del fuego celeste.

Si una saludable reacción no viene pronto á desinfectar la atmósfera en que vivimos, posible es que los siglos venideros contemplen en sus museos los restos de nuestras abominaciones artísticas, como



EL DESCANSO DEL TRABAJO, POR J. LLOVERA.

los de un buque náufrago que una tempestad social ha estrellado contra las rocas de la barbarie.

Óyese hace ya algún tiempo el rumor de los truenos lejanos, y seguimos impertérritos en esa lucrativa especulación de todas las letrinas morales. ¡Qué tranquilidad tan temeraria la nuestra! El día en que el cieno haya invadido á la sociedad alta y baja, difícil será que quede al alcance de nuestras manos ninguna tabla de salvación. Todavía en el desbordamiento de los ríos ó en el oleaje de los mares es posible navegar, flotar ó nadar; pero en el cieno no se navega, ni se flota, ni se nada. Allí se sucumbe sin esperanza y sin lucha.

Veo que se sonríen con desdén los explotadores del estrabismo social, recogiendo al mismo tiempo el oro abundante que les produce su industria. Luego encierran ese oro en una caja de hierro, y con el oro sepultan también su conciencia...

¡Desdichados! ¿Han pensado alguna vez dónde podrán encerrar su alma el día en que Dios les pida cuenta de sus actos?

VALENTÍN GÓMEZ.

EN UNAS RUINAS

SONETO

Aquí donde cubriendo el roto muro
Crece la hiedra humilde y solitaria,
Vibró un tiempo la mística plegaria
Entre las sombras del recinto obscuro.

Esbelta imagen de contorno puro
Se alzaba aquí, prodigio de estatuaría,
Y aquí también la losa funeraria
En el mundano mar, puerto seguro.

¿Qué resta de tan grandes maravillas?
Columnas derribadas por el suelo
Que viste Abril de flores amarillas,
Silencio, soledad, miseria, duelo...
Y yo, sobre una tumba de rodillas
Con los ojos clavados en el cielo.

MANUEL DEL PALACIO.

EL NOMBRE NO HACE AL HOMBRE

I



UANDO Juan Sánchez dejaba el arado y descansaba de las fatigas del día, sentado en un poyo á la puerta de su humilde casa, contemplaba tristemente á su vecino Francisco López, de oficio carpintero, que entretenía sus ratos de ocio acariciando al pequeño Enrique, manteniendo con él uno de esos diálogos que sólo entienden los padres y los hijos. Una noche que Juan parecía más ensimismado que otras veces, rompió el silencio diciendo á su mujer:

—Brígida, he resuelto sacar un chico de la Inclusa.

—¿Te has vuelto loco, Juan? — contestó ella.

—Lo dicho, ya que Dios no nos da hijos, los buscaremos.

—Por lo mismo que nos los niega Dios, debemos conformarnos con su voluntad.

—Calla, tonta, —replicó el marido acariciando con la mano callosa el moreno rostro de su mujer.— ¿Qué sabes tú, si Dios no nos da hijos para que seamos padres de algún niño abandonado? Y así, si yo muero antes que tú, tendrás un sostén.

—No hables de eso, —contestó la buena Brígida limpiándose los ojos con la punta de su delantal.

—Tú no sabes, —continuó el marido sin abandonar su idea, —tú no sabes la alegría que entra en una casa con la llegada de un ángel. Ya verás qué

bien le cuidas, ¡toma! y le querrás como si fuese tu propio hijo.

—Y él será un ingrato acordándose siempre de que no soy su madre.

—Mira, Brigidita, —insistió Juan con el acento insinuante que empleaba cuando quería conseguir alguna cosa, —no te opongas; un muchacho es lo único que me falta para ser feliz. Se me van los ojos hacia mi vecino; míralo con su Enrique sobre las rodillas, sin acordarse de que ha tenido todo el día las herramientas en la mano. Ya ves, si nosotros tuviéramos uno así, que saltara de alegría al verme cuando vuelvo del trabajo... ¿Callas? Si quieres, el domingo tendrás aquí, á nuestro hijo; el señor cura y el alcalde me dirán lo que he de hacer para sacarlo de la Inclusa. ¿Pero te has vuelto muda, muchacha? Si te disgusta, nada he dicho; seguiremos viviendo como hasta aquí, tan solos y tan sosos.

—Haz lo que quieras, Juan, —dijo la honrada mujer que ocultaba en su corazón, el pesar de no ser madre.

El labrador abrazó á Brígida con la alegría del que ve realizado su ideal, y aquella noche soñó que la mano de un ángel quitaba las arrugas de su frente.

Pasaron tres días; Juan, enterado de lo que debía hacer para conseguir sus deseos, montado en una mula, se dirigió á la ciudad vecina.

Su mujer, acostumbrada á someterse á la voluntad de su marido, no quiso contrariarle, y al despedirse de él dijo tristemente:

—¿Entrará el bien ó el mal en esta casa?

—El bien, ya lo veras, —contestó Juan hundiendo los talones en el vientre de la mula que salió trotando como una desesperada.

A las ocho de la noche volvía Juan tan alegre como si viniera de cobrar un billete de la lotería, y Brígida recibió en sus brazos un niño con una carita de esas que dicen: ¡bésame!

—¡Lo mismo que el de nuestro vecino! — exclamó con explosión de gritos y caricias como la niña que recibe una muñeca nueva. — ¡Qué hermoso, Juan, qué hermoso! ¿Cómo se llama? ¿Cuántos meses tiene?

El labrador era feliz en aquel momento. Quiso hablar y no pudo; sus labios se contrajeron y pasóse la mano por la cara, para disimular su emoción.

—Ya ves, —dijo al fin, —está criado, tiene año y medio, como Enrique; se llama Luis Andrés.

—Desde hoy será Luis Sánchez, —dijo Brígida con orgullo de madre, estrechando contra su corazón al niño expósito que miraba sin llorar á Juan y su mujer, recibiendo aquellas caricias, como reciben las flores abandonadas el rocío del cielo. Juan sentó al chiquitín sobre sus rodillas, entre tanto que Brígida preparaba una taza de sopa con leche fresca. El niño devoró el alimento, reclinó la rubia cabeza sobre el pecho de su padre adoptivo y se durmió tranquilamente, como si comprendiera que podía descansar en aquel honrado corazón, ya que le negaban su apoyo los que le dieron el sér.

Al día siguiente, Juan fué más tarde al campo, y á Brígida faltó tiempo para el cuidado de la casa y los animales, ocupada en visitar á las vecinas para presentarles á su hijo, que era, según decía, un sol.

—¡Vaya si es guapo! —dijo Blasa, mujer del carpintero, —pero no tiene la gracia de nuestro Enrique, —y ponía su hijo junto al recién llegado.

Brígida no quiso armar disputa de competencia y se contentó con decir:

—¿Quién sabe lo que serán los niños? ¡Dan tantas vueltas!

—Brígida, —repuso Francisco, cepillando un tablón que tenía entre manos, —has hecho una buena obra; pero tengo para mí que esos incluseros no toman ley ni á la camisa que llevan puesta.

—Ya lo es nuestro, y le enseñaremos bien.

—¡Qué difícil es educar hijos ajenos! —añadió Blasa, —los hijos suelen ser lo que son sus padres, y ya ves cómo serán los de ese pobrecito.

Brígida volvió á su casa un poco amostazada, por la acogida que tuvo el niño, entre su vecindad.

Cuando llegó Juan vió á su mujer esperándole como de costumbre, pero aquel día no estaba sola, tenía sobre sus rodillas al pequeño Luis, que saltó de alegría al verle, echándole los brazos.

—¿Lo ves, Brígida, lo ves? —dijo el labrador, —ya me conoce, —y besó al niño levantándole varias veces, á la altura de su frente.

Pasó algún tiempo. Muchas tardes se reunían los dos matrimonios vecinos, forjando planes para el porvenir de sus hijos. Enrique y Luis se querían como hermanos, pero en sus juegos infantiles notábase la tendencia del primero á la superioridad. Contaban pocos años y el hijo del carpintero siempre quería ser general, obispo ó rey, obligando á su compañero á obedecerle como soldado, monaguillo ó súbdito. Cuando Luis, cansado de aquel dominio, pretendía cambiar los papeles, su compañero se encolerizaba, y con el acento más despreciativo de su repertorio de insultos, le decía:

—¡Anda, inclusero! —Entonces terminaba la cuestión. —El expósito corría llorando á su casa y escondía la cabeza en el regazo de Brígida como diciendo: ¡Tengo madre!

Y la tenía; Brígida se había impuesto voluntariamente, un deber que la Naturaleza le negó, y por lo mismo se consideraba más obligada á cumplirlo. Creía que Dios le pediría estrecha cuenta de las acciones de Luis, y procuraba imbuirle ideas de honradez y laboriosidad, con el amor de madre que no tiene otro hijo. Algunas veces quejábale á Blasa de la altanería de Enrique, pero la mujer del carpintero solía contestar:

—Cosas de chicos. ¿De qué serviría que yo castigase á mi hijo, porque llama al tuyo inclusero, si toda la aldea de Fuente Fría lo nombra así?

Y después, en sus conversaciones con Francisco, comentaba las exigencias de Brígida, y convenía con su marido en que Enrique prometía meter ruido en el mundo, y no había para qué bajarle los humos, como decía la mujer de Juan.

A los once años, tuvo Enrique la desgracia de perder á su madre, y el carpintero lloró con toda el alma á la compañera de su vida. Brígida y Juan fueron para Francisco, hermanos cariñosos y compartieron con él su pena inconsolable.

Un día, dijo el carpintero á su vecino:

—Juan, he resuelto hacer un sacrificio y poner á mi hijo en un colegio. El muchacho es listo y deseo que tome otros vuelos. No quiero que esté toda la vida como su padre, amarrado al banco. Tengo algunos ahorrillos, y con mi trabajo y la viña iré sacando al chico adelante, y le daré la carrera que él elija. ¿Qué dices á esto, Juan?

El labrador escuchaba meditando.

—Digo, —contestó después de una pausa, —que los padres debemos procurar buena suerte á nuestros hijos y que también yo entro en gana de hacer lo mismo con mi Luisillo. Me ha dicho el maestro, que no hay otro chico más aplicado en la escuela.

—¿Separarlo de mí? ¡Juan, estás loco! —exclamó Brígida llorando desesperadamente. —¿Por qué me lo has traído para quitármelo?

—Brígida, —dijo Juan con severidad, —las buenas madres sólo quieren el bien de sus hijos. Piensa en esto y mañana me contestarás.

Al día siguiente Brígida contestaba á su marido:

—Haré ese sacrificio; pero mira, te advierto que si Luis quiere ser cura, vivirá con nosotros como vive D. Roque con sus padres.

—Será lo que él quiera, mujer, lo que él quiera.

Francisco y Juan tuvieron otra conferencia para ponerse de acuerdo.

—Este año,—decía el labrador,—es buena la cosecha y podré salir adelante. No sé lo que será después. Pero en fin, estoy resuelto á que el chico siga una carrera.

—Y yo seré capaz de gastar hasta el último céntimo, con tal de ver á mi hijo hecho todo un hombre. Con que estamos conformes, dentro de ocho días salen los muchachos para Madrid y asunto concluido.

Los muchachos recibieron con vivas y algazara la noticia de su viaje. En la primera edad deslumbra lo desconocido, la vida empieza ávida de emociones.

Luis, no obstante, lloraba cuando lloraba Brígida y decía á Juan, al verle rendido por el trabajo:

—Padre, yo seré hombre y ganaré para que pase usted una vejez descansada.

—¿Y tú que vas á ser?—preguntó Francisco á su hijo.

—¿Qué he de ser? Gobernador, Diputado como D. Plácido y Ministro; un gran señor. ¡Qué tono me dará!

Y erguía la cabeza midiendo el taller de su padre á pasos acompasados, como rey de melodrama ó cantante en debut, mientras Francisco le miraba orgulloso.

El día de la partida Brígida pretendía inútilmente, ocultar sus lágrimas, para no afligir á Luis.

—Hijo mío,—le dijo,—sé bueno, piensa en Dios y en tus padres.

Juan no pudo hablar. El expósito abrazó á sus padres adoptivos, llorando y besándoles las manos repetidas veces.

Enrique también se conmovió, al despedirse de Francisco, que le decía:

—No olvides los sacrificios que hago por tu educación, eres la esperanza de un padre que no tiene en el mundo más que á tí,—y al decir esto, los sollozos ahogaron su voz.

—Vamos, Francisco, que se hace tarde,—dijo el encargado de acompañar á los muchachos.

Brígida no dejó de alzar los brazos y gritar hasta que perdió de vista á los jóvenes. Después, dando completa expansión á su pena, decía:

—¿Dónde será el más feliz que al lado de sus padres?

—Brígida, no me atormentes,—contesto Juan,—¡harta pena tengo yo al ver la casa tan sola!

—¡Más solo estoy yo!—exclamó Francisco suspirando. El carpintero había dicho la verdad á su hijo; su única familia era Enrique.

Después de algunos meses, los colegiales, que escribían con frecuencia á sus padres, les anunciaban la proximidad de las vacaciones, en cuya época podían volver á Fuente Fría. La alegría de Brígida llenaba la casa de felicidad. Ver á Luis era realizar su esperanza más lisonjera. También Juan y Francisco ansiaban abrazar á sus hijos.

Llegó el día tan deseado y los chicos volvieron á la aldea. Brígida les tenía preparado un recibimiento de príncipes, según decía. Reunió lo mejorcito del lugar; los jóvenes bailaban al son de guitarras y bandurrias en la plazoleta enarenada, delante de la puerta de su casa. Los convidados saboreaban la limonada y las clásicas rosquillas.

Enrique y Luis volvían transformados; el uniforme de colegial había sustituido á la blusa del artesano y los aires de la Corte borraban la rusticidad del campesino. Sus compañeros de infancia los miraban con envidia y admiración. Francisco pidió á su hijo las notas del colegio y leyó en alta voz y con orgullo, los sobresalientes, que eran muchos. A la misma altura de aplicación, Luis recibió también los plácemes de todos.

Al día siguiente era lunes, y Juan se preparaba á salir al campo empezando la tarea de la semana. Luis, poniéndose la blusa, mostró deseo de acompañar á su padre.

—No, hijo,—observó Juan,—hoy descansas y mañana vendrás conmigo.

Luis no insistió, deseaba quedarse con Brígida y ella tenerlo á su lado.

Enrique madrugó, según costumbre del colegio. Habló un rato con su padre, se puso el uniforme y fué á lucirlo á la plaza del pueblo. Su aspecto era distinguido, representaba más edad de la que tenía, y su inteligencia armonizaba con el desarrollo físico. Luis, de temperamento más débil, pero no menos inteligente y estudioso, no brillaba tanto como él por su excesiva modestia. El hijo de Francisco trataba con superioridad á su compañero, que todo lo sufría, excepto que le recordasen su origen. Enrique prometió á Brígida, no pronunciar en el colegio la fatal palabra; pero cuando disputaba con Luis, y éste no cedía, le miraba con desdén, sonriendo irónicamente, y entonces el pobre expósito, temeroso de que revelara lo que era un secreto para los otros, le obedecía ciegamente.

Durante las vacaciones los muchachos no perdieron el tiempo. Luis ayudaba á Juan en lo que sus pocos años permitían, repasando á la vez los libros.

Enrique paraba poco en el taller de su padre, pero estudiaba y leía mucho en alta voz enfáticamente, y á Francisco, le encantaba la disposición para la oratoria, que descubría en su hijo.

II

Transcurrieron algunos años: los jóvenes habían elegido la carrera de leyes. Enrique brillaba ya por su elocuencia, y era esperanza del foro y la tribuna. Sus maestros le distinguían, siendo la admiración de sus condiscípulos.

Luis, siempre sobresaliente en los exámenes y nunca envidioso, celebraba los triunfos de su compañero, que debían conquistarle un brillante porvenir.

Hallábanse los dos amigos próximos á terminar su carrera y vivían juntos en una modesta casa de huéspedes, costeada por sus padres á fuerza de economías y sacrificios. Francisco sentía la pena de no saber directamente de su hijo, con la frecuencia que Juan y su mujer sabían del suyo. Enrique escribía poco y se disculpaba con sus muchas ocupaciones.

A Luis no le faltaba tiempo para dirigir á sus padres largas y cariñosas cartas hablando de sus esperanzas.

—Juan,—dijo un día Francisco,—se acerca la quinta; este golpe acabará con nosotros.

—Hay que estar prevenidos, contestó.

—Venderé la viña, ¡qué remedio! Todo, menos ver á mi hijo, con el fusil al hombro.

—Nosotros ya veremos; el año no ha sido malo, y esta Brígida es capaz de sacar dinero de las piedras.

Quince días después Enrique era soldado.

Luis tuvo la suerte de salir libre. Francisco, angustiadísimo, vendió la viña, que era su único recurso para la vejez, y salvó á su hijo.

—Lo malo es que ya soy viejo y no puedo trabajar como antes,—decía el pobre carpintero;—pero gracias á Dios, mi hijo ya está en carrera, me llevará á su lado y cuidará de mí.

Cuando Enrique supo el nuevo sacrificio de su padre, le escribió en estos términos:

«Querido padre: Muy pronto indemnizaré á usted, de todo cuanto por mí ha gastado. Voy á dirigir un periódico de gran porvenir, y con esto y mi bufete podré señalarle la cantidad necesaria para que pueda usted vivir holgadamente, como desea su hijo
ENRIQUE.»

Juan y Brígida recibieron también carta de Luis:

«Padres míos,—les decía,—ya he terminado mi carrera, gracias á sacrificios y desvelos que jamás olvidaré. Mi único pensamiento es traer á mi lado á

los padres de mi alma, y pronto se realizará esta esperanza. Me ofrecen participación en los negocios de un célebre abogado, y con esto tendremos bastante para vivir.

Arrienden ustedes la hacienda, para quitarse cuidados, y entre tanto yo buscaré una casa cómoda donde mi madrecita se halle bien.»

Frases cariñosas, de esas que brotan del corazón de un buen hijo, terminaban la carta de Luis, y Brígida enternecida leía y releía aquellos renglones, que recompensaban todos sus afanes por el pobre expósito.

Francisco se enjugaba también los ojos; pero sus lágrimas no eran de felicidad. Pensaba que su hijo quería indemnizarle con dinero, de todos sus afanes y sacrificios, y se veía sólo en el mundo, envejecido por la edad y el trabajo.

—Juan—dijo un día Brígida—es preciso escribir al chico, para que hable claro á Enrique y le diga lo que sufre Francisco con su desvío. Desde que tomó el grado de Bachiller no ha vuelto por aquí, y entonces mejor fuera que no hubiese venido. Cada vez que abría la boca su pobre padre, que sin saber tantos latines como él, conmueve á las piedras cuando habla, Enrique se sonreía con burla y ni siquiera le contestaba. Más quisiera ver á Luis, hecho un ignorante como nosotros, que un sabio sin alma, como ese portento de Enrique, asombrando al mundo, según dice D. Manuel el Dómine.

—Escribiré; pero ya verás cómo nada adelantamos.

Luis, recibió una carta de su padre, que juzgó oportuno enseñar á su amigo.

Enrique la leyó con muestras de enojo; arrojándola desdeñosamente sobre la mesa.

—¿Aun no está contento mi padre?—dijo—¿qué más quiere de mí? Hace tres días le remití una letra de 200 pesetas, y subiré la mensualidad, según suban mis recursos.

—Enrique, el cariño y los desvelos de un padre no se pagan con dinero; es preciso algo más que tú niegas al tuyo.

—Luis, no insistas en tus sermones; estoy satisfecho de mi proceder.

—Peor para tí. ¿Quién cuidará al pobre anciano, que no tiene en este mundo, más que á su hijo?

—Mi padre quiere morir donde ha nacido, y mi porvenir no está en Fuente Fría.

—Te equivocas—insistió Luis—tu padre quiere vivir á tu lado, donde tú digas.

Enrique lanzó una mirada desdeñosa á Luis, que supo sostenerla, no ya con la timidez del niño expósito, sino con la arrogancia del hombre ofendido. Desde este día, Enrique evitaba la presencia de su compañero. Luis tomó una casa, como dijo á sus padres, y poco tiempo después Juan y Brígida se despedían de su vecino Francisco, para ir á reunirse en Madrid, con su hijo.

III

Solo y triste el carpintero, sin olvidar ni un momento á Enrique, á quien quería con todo su corazón á pesar de su ingratitud, veía acercarse la muerte sin pena, porque había perdido la única esperanza halagüeña para él: vivir al lado de su hijo.

Enrique había realizado todos sus sueños de gloria y ambición: era Diputado, publicista y hombre influyente. Una nube empañaba su brillante existencia: el temor de que su padre se empeñase en vivir con él, en Madrid. La presencia de aquel rudo artesano, no cabía en la atmósfera de sus vanidades. Era ya rico, la fortuna coronaba todas sus empresas y frecuentemente, mandaba dinero á su padre, creyendo que de este modo estaría contento en la aldea, y tratando de ahogar con dádivas, escrúpulos de su conciencia que no dejaban de atormentarle.

Francisco recibía el dinero de su hijo como una

limosna, gastando sólo lo preciso para ir pasando aquella vida de amargura.

— D. Roque — dijo un día, al Cura de Fuente Fría, — me mata la pena. El oro de mi hijo, tiene ortigas para mis manos. Gasto lo necesario, para que no digan en la aldea que Enrique me abandona; pero me sobra mucho y aquí se lo traigo, con el fin de que lo emplee en el hospital, donde quiero morir.

El buen Cura trató de consolarle, y decidió escribir á Enrique; pero supo que estaba viajando por el extranjero.

Ocultó esta noticia al pobre anciano, y se propuso hallar un medio seguro, de enterarle del estado de su padre.

Francisco seguía recibiendo por segunda mano, crecidas sumas de su hijo, sin ver letra suya.

Enrique se hallaba en Bélgica, donde ya había adquirido relaciones. Su nombre era conocido en todas partes. Banquetes y visitas de literatos y políticos, ocupábanle la vida. Cansado de goces, reposaba un día en su confortable gabinete repasando los periódicos de España, y de repente suspendió la lectura, sintió un desvanecimiento, llevó las manos al pecho como si quisiera contener los latidos de su corazón, y dobló la cabeza. ¿Qué había leído? Un párrafo que decía así:

« Correo de provincias: — El Cura de la villa de Fuente Fría, nos hace saber que en el Hospital de la misma, se halla gravemente enfermo un anciano, padre de un conocido hombre político, que actualmente viaja por el extranjero. Los naturales de allí, saben que el hijo opulento, envía auxilios á su padre, que éste rehusa, aplicándolos á la casa benéfica que le tiene acogido; y como su fin próximo no es dudoso, el buen Sacerdote nos ruega la inserción de estas líneas, por si la casualidad ó la Providencia hacen que llegue á conocimiento de la persona á quien van dirigidas. »

— ¡Sí, sí, la Providencia! — exclamó Enrique, oprimiendo nervioso el botón del timbre eléctrico, que hizo entrar presuroso á su criado.

— Prepáralo todo, — le dijo con visible turbación. — Marchamos hoy mismo á España.

Llegó á Madrid y se dirigió precipitadamente á casa de Luis, su amigo de la infancia, á quien tenía olvidado. En el semblante de la persona que le recibió, pudo comprender que algo grave ocurría.

— ¿D. Luís Sánchez? — preguntó.

— El señorito — contestó el criado tristemente, — se encuentra al lado de su padre, que está espirando.

— ¡Quiero verle, soy su amigo, su hermano! — Y sin esperar á que le anunciaran llegó á la habitación del enfermo, deteniéndose á la puerta como si una mano de hierro le sujetase allí. Lo que vió, le hizo estremecer. En su cerebro bullían ideas perturbadoras.

Francisco moribundo, pero con voz aun bastante inteligible, al recibir el postrer abrazo de Brígida y de Luis, decía:

— No lloréis; muero tranquilo: tú, hijo mío, seguirás siendo el amparo de tu madre; tú la harás feliz.

Balbució sonriente, algunas palabras más, y haciendo una cruz con la mano derecha, añadió ya exánime:

— ¡Yo te bendigo, hijo de mi alma...! y espiró.

Brígida y Luis cayeron de rodillas. El Expósito besó la mano que se había movido por última vez para bendecirle, estrechando á su madre contra su corazón.

Enrique no pronunció una palabra. Sintió agudo dolor en el fondo de su alma; el pasado levantó en su cerebro, una tempestad de reconvenciones contra sí propio. Pensó que aún era tiempo de reparar sus faltas, y abandonó aquel hogar de amor eterno, de ese santo amor entre padres é hijos. Tomó el pri-

mer tren, y á las pocas horas, se hallaba en Fuente Fría. Agobiado por el remordimiento penetró en el Hospital... ¡Era tarde! Su padre acababa de espirar, y una Hermana de la Caridad tendía su mano sobre la frente del cadáver, para cerrarle los ojos.

Poco tiempo después un joven, encanecido por hondas penas morales, renunciando las glorias mundanas, celebraba su primera misa en la capilla del Hospital de Fuente Fría, resuelto á vivir y morir donde su padre había exhalado el último suspiro.

GONZALO DEL RÍO.

AL PONTIFICE ROMANO LEÓN XIII

EN SU JUBILEO SACERDOTAL.

Padre del linaje humano,
conquistador sin cañones,
las almas son sus legiones
y el orbe gira en su mano.
En su sillar soberano
la tierra su centro ve.
Donde reposa su pie
brota el agua de salud
y alumbra su senectud
la aureola de la fe.

Todo caduca ó se va;
cae el hombre antes que el cedro,
pero la piedra de Pedro,
donde se puso, allí está.
Nada ¡Oh, Padre! extinguirá
la luz de que vais en pos:
la verdad reside en vos;
contra vuestro don eterno,
sólo vencerá el infierno
cuando deje de haber Dios.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

HOMENAJE Á SU SANTIDAD

SANTÍSIMO PADRE:

BOGAD por nosotros en el aniversario de vuestras Bodas con el Cordero celestial: no nos digáis, como las vírgenes prudentes, que busquemos aceite para disponer nuestras lámparas á la llegada del Esposo; tan esplendorosa es la vuestra que no podrá extinguirse por mucho que se distribuya su luz, ya que, siendo tan pobre, disponéis de los infinitos tesoros de la Omnipotencia.

Así es que tan sólo por caridad hacia los malos, que tan inmensa responsabilidad contraen ante Dios, es de lamentar, Padre Santísimo, la prisión inicua que sufrís; pues del mismo modo que la Cruz es la expresión más sublime de la Divinidad del Verbo, vuestra cárcel es la expresión más gloriosa de la Divinidad de la Iglesia.

Vuestra autoridad es reconocida aun por los mismos infieles, y la fuerza de vuestra majestad domina sobre los impíos.

Sean cuales fueren los designios de la Providencia, Vos sois el único faro de esperanza en medio del naufragio que sufre la sociedad. Si Dios quiere que brille la aurora del perdón, habréis sido la víctima propiciatoria en cuya gracia se otorgue; si la barbarie del error acaba de desbordarse, sabréis cual otro León detener al nuevo Atila, los nuevos invasores se rendirán ante vuestra venerable aparición, y una vez más la Iglesia de Dios, en Vos representada, habrá salvado á los hombres que Jesucristo redimió con su sangre.

MARIANO BARSÍ CONTARDI.

(Del Album de la Juventud Católica.)

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Nuestro Asilo celebró el día 27 de Enero, el segundo aniversario de la muerte de su Fundadora *Ernestina Manuel de Villena*, con la solemnidad propia de un acto religioso que conmemora el tránsito, fácil para la madre de los huérfanos, de la vida perecedera á la vida inmortal.

Ofició el Sr. Cura Párroco de San José, y en torno al tálamo resplandeciente de luz y cubierto de coronas de flores, oraban las señoras, asociadas para continuar la obra meritisima que por aquella gloriosa mujer les fué inspirada. Los fieles llenaban el templo: las Hermanas de la Caridad que tienen su arquetipo en la memoria de Ernestina; los Hermanos, servidores y operarios de la Casa, unidos al recuerdo de la Santa obrera.

Allí estaban el Marqués de Cubas, arquitecto de la piedad, arrodillado también, ante su propia obra, la Iglesia del Asilo, típico modelo de arte gótico. D. José de Castro y Serrano, biógrafo y glosador de las virtudes de la finada, y como nota saliente de la solemnidad, los numerosos niños asilados, los cantores de una Misa, que más que de funeral, parecía de gloria. De gloria sí, porque el espíritu de Ernestina, que reina y vivirá siempre en los espacios del Asilo, nos permite esperar que, en vez de rogar á Dios por ella, tengamos que pedirle que interceda por nosotros.

PATRONATO DE PÁRVULOS

Dentro de pocos días, la Junta de Señoras encargada por el Gobierno de la inspección y vigilancia de las Escuelas de Párvulos, se reunirá en las régias habitaciones de su augusta Presidenta la Serma. Señora Infanta Doña María Isabel, para tratar de asuntos de su incumbencia.

Gracias al incansable celo de S. A. R., secundado por el de las demás Señoras, se han fundado numerosas Escuelas de Párvulos, se han mejorado los locales de algunas de Madrid y de muchas de provincia, que no reunían condiciones higiénicas convenientes, y se han repartido abundantes donativos y subvenciones, á las de los pueblos más necesitados.

Las Señoras auxiliares, visitan personalmente las Escuelas, socorren á los niños, estimulan á los padres y á los maestros y abren concursos para que éstos puedan aspirar á premios honoríficos y metálicos, con que vean compensados sus desvelos.

CASA DE SALUD

A la caridad silenciosa que tantos milagros hace, deberá la Casa de convalecientes del Sur, institución tan útil á la humanidad, el nuevo edificio que construye en la calle del Príncipe de Vergara, situada en la zona del ensanche inmediato á la Guindalera. El edificio será de aspecto sencillo, pero amplio y ventilado. Los cimientos ya terminados son sólidos. Consta de dos alas correspondientes á los dormitorios. En la parte principal se establecerán las dependencias: gabinete médico y de consulta, sala de visitas, administración, baño, etc., etc. En el centro se erigirá una espaciosa y elegante capilla. La casa estará rodeada de un extenso jardín, en que habrá una vaquería. Las obras se han encomendado al arquitecto Sr. Ruiz de Salces y al maestro Sr. Núñez. La Junta de distinguidas Señoras y las Hermanas que rigen tan útil establecimiento, están de enhorabuena, y más aún los enfermos.

SANTA Y REAL HERMANDAD DEL REFUGIO

Las solemnidades con que esta piadosa institución inaugura su edificio recientemente construido, y la instalación de sus servicios, estableciendo de nuevo el culto en su iglesia de S. Antonio de los Alemanes,

considerablemente restaurada, son las siguientes:

Día 6 de Febrero.— A las diez de la mañana se verificará la bendición de la iglesia de San Antonio.

A las tres de la tarde se reunirá la Hermandad, Comisiones invitadas y Autoridades, en la iglesia del Convento de Religiosas Benedictinas de San Plácido, en la que, previa exposición del Santísimo, se rezará la Estación y el Rosario, terminado el cual, el Capellán Mayor de la Hermandad, D. Isidro de la Fuente y Almazán, dirigirá una breve plática. A continuación será trasladado procesionalmente el Santísimo a San Antonio de los Alemanes, por las calles de San Roque, Luna y Corredera Baja de San Pablo, en la forma siguiente:

Abrirá la marcha una sección de Guardia civil de Caballería.

A continuación los empleados y dependientes de la Hermandad, el aguacil de la misma, el estandar-te, las Señoritas Colegiales, la Hermandad y Comisiones de la de Zaragoza y Granada, y conducidas por los dependientes camilla y litera que se usa para la traslación de los pobres al Hospital, cuidando del orden el Hermano Maestro de ceremonias y los Señores que en recuerdo de antiguos ejercicios de Ronda llevarán los regatones, farol y crucifijos con que se practicaba.

Seguidamente, y precedido de cruz alzada, el Clero de San Antonio, de San Plácido y de las parroquias de San Ildefonso y de San Martín, el palio, bajo el cual será conducido el Santísimo Sacramento; detrás irá la Junta directiva, con las Autoridades eclesiástica y civil, cerrando la procesión un zaguanete de Guardias Alabarderos, con su música, y una carroza de la Real Casa.

Llegada a la iglesia de San Antonio la procesión, se verificará solemne Reserva, Salve y Décima a la Virgen Inmaculada, Patrona de la Hermandad, oficiando estos cultos las Señoritas Colegiales.

Día 7.— A las ocho de la mañana Misa de Comunión general, que celebrará el Sr. Consiliario de la Santa Hermandad, Monseñor José Alonso y López, Camarero Secreto de Su Santidad. Terminada la Misa, celebrará la de acción de gracias el Sr. Capellán Mayor.

A las diez y media de la mañana solemne función religiosa en la iglesia de San Antonio, en la que oficiará de Pontifical el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Madrid-Alcalá, y predicará el Ilmo. Señor Obispo de Salamanca, cantándose al final un solemne *Te Deum*.

Asistirán a estos solemnes cultos S. M. y AA. RR. La Hermandad acompañará a S. M. al salón de sesiones, donde se distribuirán 50 socorros de á 10 pesetas a otras tantas personas de ambos sexos, cuyos expedientes de moralidad y pobreza hayan sido tramitados.

Día 12.— A las dos de la tarde Junta general extraordinaria. Constituida la Hermandad, recorrerá las dependencias del edificio, trasladándose luego a la Sala de Juntas, en la que previa lectura de una Memoria, reseñando las obras ejecutadas, se leerá el resumen de los Ejercicios practicados por esta Santa Casa.

Acto continuo, las Señoritas Colegiales cantarán un Himno a la Caridad, compuesto expresamente para este acto por el hermano D. Fernando Martínez Pedrosa, música de la Excmo. Sra. Doña Paulina Cabrero de Ahumada.

La Hermandad perpetuará este fausto suceso creando dos plazas más en el Colegio de Niñas Huérfanas de la Purísima Concepción, aumentando diez lactancias a las que tiene señaladas y repartiéndose limosnas extraordinarias por medio de los ejercicios que diariamente se practican, y muy especialmente en los pobres que se acojan en las hospederías en los días de estas solemnidades.

El exterior de la iglesia y del edificio se hallará

adornado con colgaduras durante los dos días de funciones religiosas, é iluminado por las noches.

ESCUELAS CATÓLICAS

Siguiendo las inspiraciones de la Sra. Condesa de Superunda, Presidenta de esta benéfica obra, las Señoras asociadas trabajan sin cesar. El ingreso de niños y niñas en las Escuelas aumenta de día en día; pero los recursos no bastan, la suscripción decae en algunos distritos. Las personas pudientes se entibian. Hay gentes acomodadas del pueblo que envían a sus hijos a estas Escuelas y no contribuyen siquiera con una exigua cantidad mensual a su sostenimiento. Los católicos todos están interesados en que estos centros de instrucción, donde los niños de ambos sexos reciben la primera enseñanza y aprenden la buena doctrina, preparándose para mayores estudios, no decaigan ni se interrumpa su cristiana labor.

ESCUELAS DOMINICALES

Son de verdadera importancia, en el orden moral, los frutos que produce esta benéfica institución, de que es Presidenta honoraria S. M. la Reina Doña Isabel II, y efectiva la Sra. Doña Elena Palafox. Dedicase los domingos a la educación é instrucción de las jóvenes pertenecientes en su mayoría al servicio doméstico, que carecen de recursos y de tiempo material para adquirir los conocimientos y enseñanzas de la Religión. Trece son las Escuelas establecidas en Madrid, incluso la de Nuestra Señora de los Dolores, que en el barrio de Bellas Vistas se creó recientemente, y en ellas se hallan matriculadas unas 43.000 alumnas. La Asociación cuenta además 139 Escuelas en provincias, agregadas a la Junta de Madrid. Detenidamente nos ocuparemos como merece de esta notable obra.

CRÓNICA

La Diócesis Compostelana y la Iglesia Católica, han experimentado irreparable pérdida con la muerte del eminente Prelado, Excmo. Sr. D. Victoriano Guisasaola y Rodríguez. Herido de aguda pulmonía dejó de existir el 20 de Enero, muriendo como un justo, fortalecido con las armas espirituales de la Confesión, Santo Viático y Extremaunción.

La ciudad de Santiago y el mundo católico llorarán siempre al Pastor inolvidable y al sabio Arzobispo, por el que rogamos a Dios, confiados en que habrá obtenido el premio de sus esclarecidas virtudes.

—El fallecimiento ocurrido en Versalles del célebre escritor y filósofo cristiano Augusto Nicolás, deja un inmenso vacío en la sociedad católica, a cuya defensa consagró toda su fuerza intelectual y el vigor de una existencia modelo de virtudes.

Nuestra publicación llora pérdida tan irreparable para las letras y los intereses del Cristianismo, uniéndose a la expresión de dolor unánimemente expresada.

Las obras de Augusto Nicolás son harto apreciadas y conocidas para detenernos en su elogio, bastando consignar que todas lograron señalados triunfos sobre la indiferencia religiosa y el ateísmo, distinguiéndose principalmente: *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, *El Estado sin Dios*, *La divinidad de Jesucristo*, *La revolución y el orden cristiano y Roma y el Papado*.

—El Sr. D. Francisco Pareja de Alarcón, nuestro distinguido colaborador, y uno de los propagadores más activos y fervorosos de la fe católica, acaba de dar a luz la quinta edición de su *Catecismo cristiano de las escuelas y familias*, al que va unido un compendio de *Historia sagrada*. Obra de esta índole, que en lo moderno puede considerarse como única, no necesita recomendación. Es base de la educación moral é intelectual y la pureza de su doctrina, lleva la sanción de numerosos Prelados, y de otras autoridades eclesiásticas, habiendo sido oficialmente adoptada para texto de las escuelas de la Península y Ultramar. El Catecismo no es un libro; es

el código sagrado, cuyas máximas deben quedar eternamente grabadas, no sólo en la mente de los niños, sino en la conciencia de los adultos. Estudiándole y observando sus preceptos, se realiza el arte de vivir bien, y se entrevé la esperanza de morir mejor. Cuéntase que Diderot se mofaba de D'Alembert, viendo que enseñaba el Catecismo a su hija, y que éste le contestó: «Antes de reírte, comienza por darme otra cosa que pueda sustituirle.»

—De los presentes destinados a Su Santidad con motivo del Jubileo, lo perteneciente al culto se ha destinado por el Papa a las Iglesias pobres y a las que los Misioneros sostienen en regiones lejanas. Los objetos de valor artístico quedarán en las galerías del Vaticano, pues Su Santidad está resuelto a que todo ello aumente el patrimonio de la Iglesia. Nada ha de pertenecer por su muerte a sus sobrinos.

—S. A. la Infanta Doña Isabel se ha dignado conceder a las monjas Agustinas Descalzas de Murcia un precioso y riquísimo vestido de terciopelo y raso, bordado a mano en seda y oro, con destino a Nuestra Señora de la Consolación y Correa.

—El poeta D. José Zorrilla, síntesis y verdadera representación de la lírica del presente siglo, dió en la noche del 27 de Enero, una Velada literaria en el Ateneo de Madrid, leyendo fragmentos varios de su obra inédita *Mi última brega*, título que no tiene por cierto nada de romántico; con efecto, el eximio poeta, que debe su justa fama a su manera de pensar y de escribir, que sustituyó al clasicismo, ha querido romper los moldes en que fundieron su estatua, penetrando en los campos del realismo; error perdonable, pero verdadero error. Para anatematizar los vicios de que la actual sociedad adolece, se requiere más hiel que la que los triunfos incesantes y la pública estimación han puesto en la pluma de Zorrilla, y se necesita estar más en el centro de la vida moderna; la crítica de Zorrilla resulta de segunda mano, y la forma en ella empleada muy distante de lo que le acreditó de hijo predilecto de las Musas.

Afortunadamente, de vez en cuando, olvidándose de su programa y de sus nuevos propósitos, dejábase llevar por el recuerdo y por el hábito, y remontándose a los espacios donde se cierne la poesía, arrancaba entusiastas aplausos, los cuales claramente le habrán demostrado que la alondra, el ruiseñor, como él se denomina en sus canciones, no puede por su sola voluntad transformarse en cuervo ni en lechuza, por más que sean los avechuchos los que ahora priven, y sea de las aves de rapiña el reino de la tierra.

El numeroso y escogido público, aunque se presentaba en hábito de burgués, aclamó al trovador de las leyendas y de las tradiciones, al poeta genuinamente español.

—El domingo pasado comenzó en el Vaticano, y seguirá celebrándose en los siguientes, conforme al ceremonial acostumbrado, la solemne y pública proclamación de los venerables siervos de Dios Luis Grignon, de Monfort, fundador de los misioneros del Espíritu Santo y de las Hijas de la Sabiduría; Clemente Hofbaner, de Viena, religioso Redentorista; Egidius María de San José, hermano lego profeso de la Orden de los Menores Capuchinos; Juan Bautista de la Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas de Cristo, y la Hermana María José de Santa Agueda, llamada Inés de Beniganim, religiosa Agustina de la Diócesis de Valencia.

—Ha desaparecido, por el momento, todo peligro en la enfermedad del respetable Prelado de Tarragona.

También adelanta rápidamente en su convalecencia el Cardenal Arzobispo de Valencia; noticias que damos con verdadera satisfacción.

NOTAS SUELTAS

El teléfono se propaga: 4.200 abonados hay en Austria; 4.674 en Bélgica; 1.837 en Dinamarca; 2.218 en España; 9.487 en Francia; 20.426 en la Gran Bretaña; 9.183 en Italia; 483 en el Luxemburgo; 3.930 en Noruega; 2.872 en los Países Bajos; 890 en Portugal; 783 en Rusia; 12.864 en Suecia, y 6.570 en Suiza, ó sean 80.417 habladores, que á 100 palabras invertidas por cada uno, y no es mu-

cho echar, importan 8.041.700 por día, ó sean 2.935.220.500 por año. ¡Lo que hablarán de más!

Un conocido mío, ¡desocupado, curioso y metesillas, se ha abonado al teléfono por distracción, y para enterarse de lo que hablan los demás cuando los hilos se enredan. Todos los días echa sus parrafillos con las telefonistas:

— ¿Central?
— ¿Quién llama?
— El 3.001. ¿Quiere usted ponerme en comunicación...?
— ¿Con quién?
— Con usted.
— ¿Para qué?
— Para que perdamos un poco el tiempo.

— El teléfono se ha hecho para ganarle.

— ¡Quíá! ¿Ha leído usted la estadística de los abonados en todos los países?

— No. ¿Y qué?

— Hija, que al mundo se le va mucha fuerza por la boca y por los hilos...

El curioso siente un zumbido de oídos que le entra por la trompetilla, y se interrumpe el diálogo.

* *

¡Pobrecitos niños! Los aventureros, los huérfanos, explotados en la plaza pública ó en los circos de saltimbanquis; los de la clase media, en los bailes públicos de máscaras; los ricos, en los grandes salones... Ya se excita su codicia infantil ofreciéndoles juguetes nuevos, recién traídos de París. La indiferencia de los padres, la vanidad irreflexiva de las madres, exponen á los niños á dos graves peligros: á despertar en su alma ruines pasioncillas, acostumbRANDOLES demasiado pronto á los goces de la vida, y á que á costa de molestias, que su tierna edad no puede sobrellevar, pierdan la salud del cuerpo. Se anuncian los bailes de trajes: llevadlos vestidos de Pierrots ó chulas, de Figaros ó mascotas; llamad á la modista, madres enemigas de vuestros hijos, que luego tendréis que llamar al médico, y quiera Dios que no llegue tarde.

* *

Contrastes:

— Murió mi esposo. ¡Oh dolor...! Su desconsolada viuda... Se suplica el coche.

* *

— ¿Estuviste en el banquete del domingo?
— Sí.
— ¿Y en el de ayer?
— Sí, y ahora voy á suscribirme al de esta noche.
— Señorito, una limosna, por amor de Dios, á este pobre anciano, que no ha comido hace tres días...
— Chico, ¿ves esto? Es que no puede uno comer tranquilamente.

* *

— Mujer, me ofendes. ¿No he de ser católico?
— Así lo creía yo cuando me casé contigo.
— Y puedes seguirlo creyendo: católico soy, sino que...



TARRAGONA. — PUERTA LATERAL DE LA CATEDRAL, por P. M. Bertrán.

— Que no oyes Misa, ni confiesas, ni ayunas, ni comes de vigilia, ni descansas los domingos, más que para ir á los toros...

— Pues con todo eso...

— Con todo eso no quieres dejar de llamarte católico... Te da vergüenza entrar en la iglesia y de que te juzguen ateo. Pues, hijo mío, como tú hay muchos que les pasa lo que á aquel viejo que creía estar escondido en medio de la plaza. Sois ciegos á quien todo el mundo ve: católicos de nombre.

* *

— Adela.
— Mande la Señorita.
— Mañana madrugas, tienes que ir muy temprano; te abrigas y vas al Congreso.
— ¡Yo, al Congreso!
— Entrás, subes y tomas asiento en la tribuna reservada!

— ¡Yo, en la tribuna! ¿Y qué hago allí? ¿Puedo hablar?

— Esperar á que yo llegue. Guardarme el asiento.
— ¡Ah! ¿Va la Señorita á hablar?
— No, á oír.
— Ya lo sé; á divertirse y á comer carambelos.

La doncella se acicala, madruga, cumple la consigna, toma el mejor asiento, espera que te espera y la señora sin llegar. Se levanta la sesión, la criada sale. Su ama con el aglomeramiento de damas y caballeros á la puerta, en los pasillos, no pudo penetrar en la tribuna y se fué rabiando... á paseo.

* *

Uno de los promovedores de los Liceos de jóvenes, en Francia, dice así hablando de una carta escrita por el célebre Gounod sobre el uso del piano:

«Algunas madres me han pedido parecer acerca de cómo debía influir el piano en la educación de las niñas.

»Se enseña el piano á algunos jóvenes, cual si se tratara de entrar en un Conservatorio. Pasan muchas horas del día en el solfeo, hacen una verdadera gimnástica de dedos, y se consagran á un trabajo mecánico que enerva á cuantos las rodean y aún á ellas mismas: pierden un tiempo que, en suma, debieran dedicar á desarrollar la inteligencia y adornar el espíritu.

»Sin embargo, nos ha parecido prudente dirigir la pregunta á acreditados profesores. Invitamos á las madres á meditar sobre la respuesta.

«27 de Mayo de 1887.

»Me habéis pedido parecer sobre la parte que debe llenar el piano en la educación de las jóvenes.

»La respuesta me parece de las más sencillas: *el menor tiempo posible para todas las que no han de hacer de él una profesión.*

»Tal es mi parecer.

CH. GOUNOD.»

* *

— Niña, ¿qué haces?

— Escribir á Elena.

— Una carta es una conversación meditada. Detente; cuidado lo que se escribe; lo que se escribe, escrito queda.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de **D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA**, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

JABÓN REAL	VIOLET	JABÓN
de THRIDACE	29, B ^a des Italiens, PARIS	VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25
(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 423.